

# ANDREW GLYN, *CAPITALISM UNLEASHED*, Oxford University Press, 2006<sup>1</sup>

Jordi Roca Jusmet<sup>2</sup>

Departamento de Teoría Económica. Universitat de Barcelona

Andrew Glyn –lamentablemente fallecido en diciembre de 2007- fue uno de los economistas que analizó de forma más lúcida el capitalismo contemporáneo, con rigor y al mismo tiempo con perspectiva crítica y compromiso con los valores de la izquierda. Entre sus libros destacan *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze* (con Bob Sutcliffe, 1972), *Capitalism Since World War II: The Making and Breakup of the Great Boom* (con Philip Armstrong y John Harrison, 1984) y la edición de *Social Democracy in Neoliberal Times* (2001).

En *Capitalism Unleashed*, Glyn analiza los cambios en el sistema económico de los países ricos durante las últimas décadas. Su tesis fundamental –como refleja el título- es que en los años setenta y ochenta se vivió el paso de un capitalismo en gran parte controlado o domesticado a un capitalismo desatado o sin freno. Para Glyn, el factor fundamental de crisis del modelo anterior, el de la llamada “edad de oro” del capitalismo, fue el conflicto entre capital y trabajo y el cambio se analiza principalmente como el paso de una situación con la clase obrera a la ofensiva a otra con la clase obrera en retirada.

En el análisis de este retroceso, y especialmente en el del papel de las políticas macroeconómicas restrictivas, se respira cierto aire de inevitabilidad dada la difícil compatibilidad entre capitalismo y pleno empleo: un cierto nivel de desempleo puede ser necesario para mantener la disciplina obrera y evitar la caída de la inversión privada no porque sea “natural” a la Friedman sino por lo que Kalecki destacó en su famoso artículo sobre los *aspectos políticos del pleno empleo* (1943) y antes Marx planteó con su concepto sobre el “ejército industrial de reserva”. Pero Glyn sí apunta que ciertamente podrían haber habido otras salidas para reducir el conflicto capital-trabajo, basadas en el consenso (menos devastadoras aunque tampoco muy atractivas para la izquierda radical), y destaca que la forma de afrontar cuestiones como el déficit público no fueron en absoluto neutras tendiendo a centrarse en la disminución del gasto –en especial del social y del empleo público- y no en la otra alternativa evidente, el aumento de los impuestos.

Dentro del conjunto de medidas que caracterizan a esta etapa de mayor poder del capital se destacan también las privatizaciones, la externalización de servicios públicos y la desregulación del mercado laboral que sin duda tienen efectos positivos sobre los beneficios empresariales pero cuyas ventajas son mucho más discutibles desde otros

<sup>1</sup> CIP-Ecosocial tiene previsto traducir este libro dentro de su colección “Economía crítica y ecologismo social”  
<sup>2</sup> jordiroca@ub.edu

puntos de vista; así, se presentan como beneficios de la privatización lo que más bien son beneficios de la competencia, se opta por reformar la sanidad o la educación incentivando la búsqueda de recompensa privada más que otro tipo de motivaciones o se defienden desregulaciones del mercado laboral a pesar de una muy débil evidencia sobre sus resultados en términos de mayor empleo y olvidando casi totalmente sus costes. Glyn señala también cómo muchas anteriores propuestas políticas en el ámbito de la socialdemocracia –como las de cogestión en Alemania, de una mayor planificación en Gran Bretaña, de nacionalizaciones en Francia o de creación de un fondo de asalariados en Suecia- prácticamente desaparecieron de la agenda política. Propuestas que en realidad eran en muchos casos muy moderadas pero que para muchos representaban una amenaza al sistema de libre mercado; así, recuerda Glyn, un economista prominente como Alchian veía en las propuestas de aumentar la codeterminación un “esquema de confiscación de la riqueza” (p.19). El inesperado hundimiento del sistema soviético facilitó, como dice Glyn, el clima ideológico de enaltecimiento del mercado ya que este sistema planificado era una alternativa práctica al capitalismo (aunque muchos no sentimos ninguna añoranza por un sistema económico-político consolidado gracias al terror y creador de otras profundas desigualdades).

¿A qué llevaron todas estas políticas? ¿Cuáles son las características del nuevo capitalismo que analiza en el libro? Glyn considera –con mucha razón- que una característica clave es el enorme crecimiento del sector financiero y que dicho crecimiento es la principal fuente de inestabilidad del capitalismo actual (como en los años sesenta y setenta lo fue la inestabilidad creada por el conflicto capital-trabajo). Incluso el consumo, que en el análisis tradicional tiene un papel pasivo o incluso moderador de los ciclos económicos, se vuelve extremadamente inestable ya que, apoyado en el crédito, sus aumentos y disminuciones pueden ser causas –más que efectos- de las expansiones y contracciones económicas. En el capitalismo actual, los valores de los activos financieros se desvían frecuentemente de las perspectivas razonables de beneficios futuros de las empresas y las olas de optimismo y pesimismo con sus efectos de feedback tienden a crear –y desinflar- burbujas especulativas. Al mismo tiempo, el interés de los ejecutivos –cuyos ingresos, sobre todo en EEUU, pueden estar muy asociados a opciones de compra de acciones (en teoría para incentivar una mejor gestión)- tienden a preocuparse mucho más por el valor de las acciones a corto plazo que por los resultados reales de las empresas con la frecuente complicidad de las empresas auditoras.

El libro no pudo analizar la espectacular crisis financiera actual, pero es premonitorio al respecto. Advirtió claramente de una posibilidad de este tipo y se refirió a significativas crisis anteriores, como el pinchazo de la burbuja inmobiliario-financiera de principios de los noventa del Japón o la crisis de los valores “tecnológicos” del 2000 en EEUU, crisis que, sin embargo, tuvieron efectos macroeconómicos muy diferentes. La crisis del Japón fue de largo alcance pasando de ser el país rico con más crecimiento al más estancado a pesar de las políticas expansivas. En el caso de los EEUU, la crisis bursátil hundió los discursos sobre la “nueva economía”, según los cuales ya habrían desaparecido las crisis, pero la actividad económica se recuperó bastante pronto gracias

sobre todo a la expansión del consumo. También analiza un caso relevante de lo que ahora se ha hecho mucho más evidente: la tendencia a asumir excesivos riesgos financieros en un contexto de dificultad (y muy poca voluntad política) de control y cuando se espera que de ir mal dadas ya intervendrá el gobierno para socializar pérdidas (el llamado problema del "riesgo moral"); el caso es el del fondo LTCM (*Long-Term Capital Management*) que colapsó en 1998 y que tenía precisamente entre sus directores a dos economistas que acababan de ser galardonados con el Premio Nobel de Economía por su supuesta habilidad en calcular riesgos financieros. Uno de ellos, Merton Miller recordaba en su discurso al recibir el premio que "la más importante revista de inversiones, *Institutional Investor*, caracterizó el importante conjunto de personas del LTCM como 'la mejor facultad de finanzas del mundo'" (p.50).

Los flujos financieros internacionales son una fuente sistemática de potencial inestabilidad y el libro analiza la crisis asiática de 1997 que comportó –también debido a las respuestas políticas aplicadas siguiendo las directrices del FMI- enormes costos sociales. Un hecho remarcable es que en el mundo post-*Bretton Woods* los tipos de cambio reales han sufrido grandes variaciones cuyos efectos sobre los precios relativos entre países son en general mucho más dramáticos que los cambios en factores como los salarios relativos. Otro hecho remarcable es la actual posición internacional de la economía más rica del mundo que depende masivamente de la financiación procedente del exterior: se caracteriza de "asombroso" que el déficit por cuenta corriente de EEUU en 2002 equivaliese al total de la inversión neta empresarial.

Glyn considera muy importantes las presiones de la globalización sobre las condiciones laborales y sociales pero relativiza la dimensión del fenómeno (al fin y al cabo, la mayoría de los empleos en los países ricos se sitúan en actividades no afectadas directamente por la competencia exterior) y también argumenta que los efectos de la competencia con los países de más bajos salarios para los trabajadores de los países ricos son complejos: dificultad para mantener salarios y empleos en empresas y sectores particulares pero también posibilidad de mayor consumo gracias a la importación de bienes baratos. Gran parte de la izquierda ve la globalización económica como un proceso omnipresente que provoca inexorablemente una "convergencia hacia lo peor" en fiscalidad, derechos sociales, laborales,... Glyn no comparte esta tesis. El libro se presenta básicamente como una historia de la derrota de la clase obrera y considera que determinadas tendencias (como la desregulación laboral o la reducción de la fiscalidad sobre las empresas) son muy generalizadas, pero al mismo tiempo muestra que se mantienen muchas conquistas y sobre todo que existen enormes diferencias entre países: las políticas cuentan y mucho.

Glyn destaca especialmente la consolidación del gasto social, que entre 1980 y 2001 no disminuyó como porcentaje del PIB sino que aumentó en prácticamente todos los países de la OCDE: de una media del 18,3% al 22,5%. Donde más aumentó fue en los países del Sur de Europa pero lo más llamativo es que en los países del "Norte de Europa", con un nivel de partida muy superior, aumentó más que en las economías más "liberales" (grupo en el que incluye, entre otros países, a EEUU y Gran Bretaña). Cabe matizar, por tanto, el triunfo del "neoliberalismo". Por lo que se refiere a las desigualdades de salarios y del ingreso también persisten muchas diferencias entre países y cuando

hay menor desigualdad se explica sobre todo por sistemas más efectivos de protección salarial de los menos cualificados (a través de salarios mínimos y/o negociación colectiva) y mayor incidencia de los sistemas públicos de impuestos y transferencias. Es en los países de economías más "liberales" en donde los niveles de desigualdad son más elevados y es, además, donde más aumentan. También muestra que la movilidad social media, estimada como el inverso del grado de correlación entre posición en la jerarquía de los ingresos entre los padres y los hijos, es muy diferente según el lugar: en una comparación entre diversos países basada en datos del 2000, la menor movilidad se da en EEUU –y casi igual en Gran Bretaña– y la mayor movilidad en Escandinavia. Para Glyn, el futuro del estado del bienestar depende sobre todo de la capacidad de conseguir de forma sostenida suficiente apoyo político a los programas de redistribución que, según él, con quizás excesivo pesimismo, solo pueden mantenerse de forma realista si son financiados básicamente por los propios asalariados. Como innovación para reforzar el estado del bienestar muestra simpatía con la idea de la "renta básica" aunque personalmente considero que la distribución equitativa del trabajo (del total del trabajo y no sólo del mercantil) es una idea guía moralmente superior a la del derecho a percibir rentas sin participar en el trabajo social (un derecho que obviamente no podría ser ejercido por todos).

El libro está escrito de forma brillante y concisa, en 183 páginas de texto abarca todos los temas reseñados y otros. Las argumentaciones se apoyan en datos presentados de forma sintética a través de cuadros y sobre todo figuras que se apoyan en fuentes estadísticas que se detallan en un apéndice (aunque en algunos casos se debería detallar más la metodología y supuestos que hay detrás de las cifras así como discutir su fiabilidad). Algunos de dichos datos son bien conocidos, como la evolución de las tasas de desempleo en las últimas décadas. Otros son presentados de forma muy novedosa. Por ejemplo, se presenta un índice que compara, para el promedio de diez países ricos, el nivel de precios de las acciones con el de salarios durante 1950-2002; dicho índice, que se considera una forma de comparar las suertes del capital y del trabajo, nos muestra agudos cambios: se más que dobló entre 1950 y principios de los sesenta para caer agudamente hasta aproximadamente la cuarta parte de su máximo a finales de los setenta y primeros ochenta y en el año 2000 había recuperado su nivel máximo anterior. También encontramos series de datos que permiten una visión de un mucho más largo plazo: así, los tipos de interés reales a largo plazo de los países de la OCDE fueron en 1997-2003 de algo más del 3% similares a los promedio del período 1850-2003; en cambio, en comparación a esta media histórica los tipos promedio de 1974-80 fueron extremadamente bajos –incluso negativos– y en 1981-96 muy elevados, en torno al 5%.

Glyn destaca el desplazamiento del centro de acumulación mundial desde los países ricos hacia otros lugares, en especial China. El cambio experimentado en la posición de China en el mercado mundial tiene precedentes históricos y hasta el momento no es muy diferente al que experimentó hace muchas décadas el Japón y, más tarde, los "nuevos países industrializados asiáticos". Sin embargo, la dimensión demográfica de China –que, en términos de paridad de poder adquisitivo, es ya la segunda economía del mundo y tiende a superar en pocos años a EEUU– y el inmenso recorrido que aún puede tener una mínima aproximación a los niveles de renta per cápita de los países

ricos son tales que lo previsible es que la "emergencia" de China conlleve cambios enormes en el capitalismo internacional futuro. Glyn apunta posibles evoluciones pero destaca la incapacidad de previsión dadas las grandes incertidumbres sobre el futuro (por ejemplo, ¿la expansión china se verá amenazada por grandes conflictos laborales o crisis financieras que sin duda tendrían un fuerte impacto mundial?). No cae, por tanto, en ningún determinismo a pesar de que en el prefacio se cita una frase de Marx que podría hacerlo temer: "El país más desarrollado industrialmente sólo muestra al menos desarrollado la imagen de su propio futuro" (p.viii).

Glyn analiza ampliamente las tendencias de la productividad del trabajo en diferentes etapas históricas aunque no plantea lo que sin duda ha sido la principal base material del aumento de la productividad del trabajo ligada a los procesos de industrialización (y en gran parte base también de la propia "globalización"): el "subsidio energético" que supone el uso masivo de combustibles fósiles y, durante el siglo XX, especialmente del petróleo. En su análisis parece como si lo "natural" fuese dicho aumento de productividad y lo que se intenta explicar son las causas de que recientemente su crecimiento sea inferior al de otras épocas históricas. Sin embargo, si tenemos en cuenta la limitación de recursos energéticos fácilmente accesibles, que preocupó en las crisis de los setenta pero que se olvidó con la caída posterior del precio internacional del petróleo, quizás veremos más bien como una excepción histórica los enormes aumentos de la población humana, de la productividad del trabajo y del consumo que caracterizaron al siglo XX. Dichos aumentos representarían *algo nuevo bajo el sol*, para utilizar el título del libro de la historia ambiental del siglo XX de John McNeill, difícilmente repetible en el futuro. Glyn sí apunta –justo es decirlo– que con el enorme aumento de uso de energía y materiales de China e India podrían producirse elevados aumentos de sus precios (lo que se confirmó espectacularmente antes de la actual crisis) que presionarían hacia una disminución de los niveles de vida de los países ricos.

El debate sobre las consecuencias del crecimiento industrial de los países "emergentes" no sólo tiene que ver con problemas de oferta de materias primas, es decir con la cuestión de si nuestro modelo es sostenible y universalizable, sino también con la deseabilidad de dicho modelo. Glyn es sensible a este debate. En el último capítulo defiende que, en la actual situación de los países ricos con elevados niveles de consumo material que históricamente han crecido muy por encima de la reducción de la jornada laboral y que según las encuestas no parecen traducirse en un mayor nivel de felicidad general, las prioridades deberían ser otras que el aumento de dicho consumo: se debería poner en cuestión el propio objetivo del crecimiento. Ello implica un replanteamiento importante para la izquierda tradicional pero al fin y al cabo, afirma, "el objetivo de largo plazo del socialismo siempre fue facilitar el desarrollo de las vidas de las personas en una dirección de mayor realización" (y no el aumento del estándar de vida material como objetivo en sí mismo) (p.180).

Cuando las perspectivas de una sociedad no capitalista son tan poco claras, la prioridad para la izquierda ha de ser, en mi opinión, la de avanzar en "domesticar" de nuevo al capitalismo –en una situación muy diferente y con objetivos más amplios como los ambientales– lo que se puede ver como la introducción de lógicas anticapitalistas dentro del propio sistema. "Domesticarlo" no sólo con correcciones a sus resultados

–como hace el sistema de impuestos, prestaciones y gasto social- sino también regulando los mercados y planificando qué actividades se quiere incentivar y cuáles desincentivar pensando siempre en las necesidades humanas y en cómo transitar hacia una economía más sostenible. Lo primero, la corrección de los resultados del capitalismo, presenta problemas pero es claramente posible y en gran medida se ha mantenido aunque de forma muy variada en los diferentes países como destaca este libro; lo segundo representa un reto aún más difícil y las nuevas formas de regulación y planificación, especialmente en un mundo en el que la economía y también los problemas ecológicos son globales, están en gran medida por descubrir.